

mentos de marketing. Por todo lo que hemos escrito en otros momentos nos vemos obligados ahora a volver sobre el asunto de si Pollini nos da una versión distinta del romanticismo, precisamente a la vista de un concierto en el que se proponen Schumann y Chopin, dos de las cimas del pianismo romántico. Y la interpretación que Pollini da de ambos, evidentemente distinta, lo que demuestra es que todo gran concertista nos tiene que dar inevitablemente otro Schumann y otro Chopin, y que con el término "romanticismo" se da cabida en una categoría a muchas tendencias que definieron una época, pero con las que todavía se puede conectar individualmente.

También es una obligación tratar de la supuesta frialdad de las interpretaciones de Pollini. En principio, la respuesta que obtienen del público no es fría en absoluto. Y no me refiero a las ovaciones, que creo desmedidas, ya por acuerdo tácito, sino a los comentarios escuchados después: "Un monstruo". Pero es que además en Pollini hay un músico vehemente, que lucha por hacer versiones apasionadas hasta de Schoenberg. Lo que ocurre es que busca su propósito por el camino de la claridad de exposición que le conceden unas facultades portentosas. Así, acaba por resultar demasiado limpio, demasiado controlado, demasiado admirable para auditorios



Maurizio Pollini.

acostumbrados a entregas sobre-humanas y desmelenamientos patéticos.

Es nuestra culpa, y no la suya. Sólo hay una forma de ser claro, y, por otra parte, Maurizio Pollini no parece capaz de concederse ni de concedernos lo que, indudablemente, nos sería más fácil agradecerle. Al obrar así se hace, hoy en día, la perfecta encarnación del intérprete aristocrático, y con esto cae otro tópico sobre él, acaso el más superficial y extendido. ¿Pianista revolucionario? De acuerdo, pero si aceptamos que su admirado don Arturo Rubinstein también lo sea. ■ JOSE RAMON RUBIO.

Mompou: Premio de música para un poeta

El Premio Nacional de Música correspondiente a 1979 ha sido concedido a Federico Mompou. Raro, y digno de destacarse, es que se conceda un premio justo, aunque la raro debería ser lo contrario por puro instinto de conservación de los premios, ya que la justicia en su concesión les honra más a ellos que a quienes los reciben.

Ultimamente se está otorgando a Mompou bastantes títulos y galardones, que le agradecen bien el ser compositor, bien el ser catalán. La verdad es que llegan en buena hora, porque Mompou lleva mucho tiempo siendo las dos cosas: sobre todo, siendo catalán, ya que nació allí en 1893, que se dice pronto.

Borges declaró en un célebre prólogo —bueno, y en muchos más sitios— que ser conservador es una forma de ser escéptico. La formulación recíproca también vale, y acaso más: ser escéptico es una forma de ser conservador. Aunque no creo que haga falta, aclararé que admiró a Mompou precisamente por aquello que todos le van a disculpar: su conservadurismo. Está primero el fácil, aunque nada despreciable, argumento de que, ante la riqueza de la tradición musical catalana, llamar conservador a un compositor de Cataluña es la mejor manera de decirle que ha cumplido, más



que una obligación, una misión histórica.

Después, merece resaltarse la paradoja de que hoy sea conservador quien defiende lo que a nadie le interesa conservar. En un siglo devoto de secuelas y sistemas, en una época que ha hecho un mito de la objetividad, Mompou se ha instalado por su cuenta, como reclamando un margen de desconfianza ante prescripciones y cientifismos. Unas grabaciones, reunidas en un álbum insólito, dejan sospechar que sólo él puede interpretar su obra correctamente, desde su propio e intransferible sentido de la corrección, como conviene a la creación de un poeta de esos que nadie se atreve a ser.

Y nada más. Mompou tiene la elegancia de ser conciso, y merece que todos lo sean con él. ■ J. R. R.

CINE

"Trash"

Una mínima complicidad con el trabajo de Paul Morrissey (ayudante, alumno, "protegido" de Andy Warhol y, según muchos, superior a su maestro), revelaría que sus películas parten de un agudo sentido del humor. De humor probablemente negro, pero de cualquier forma de un ángulo distinto desde el que muchos moralistas disfrazados de críticos intentan contemplar sus películas. El cine de Morrissey-Warhol es el primero asimilado por el buen gusto burgués, pero es un cine que se dirige a otro público, que nace de otras fuentes. Si la industria cinematográfica oficial había olvidado la realidad que bullía alrededor, unos cineastas

independientes hicieron "su" cine, de la misma forma que había aparecido ya en el terreno de la cultura una nueva novela, una nueva poesía, una nueva expresión gráfica. "Trash" data de 1970 y parece extraño que casi diez años después se intente ver la película en función de sus "mensajes" o con lecturas ortodoxas. Si hay que hacer una valoración crítica de sus aciertos o errores, las normas para ello se encuentran en el mundo cultural calificado de "underground" y no en la fácil comparación con productos "normales". O se abre uno a una estética nueva o se tira la baraja.

Y sobre todo, reírse. Porque "Trash", que quizá sea la más triste de las películas que componen la trilogía sobre el sexo de Morrissey ("Flesh" y "Heat" serían las otras dos, aunque todo el cine de Morrissey, incluso el realizado con la "gran industria" como el Frankenstein y el Drácula en relieve que vimos en España hace dos temporadas tratan sobre el sexo, reivindicando el sexo, se ríen del sexo), es un cine de humor. De ese humor muchas veces desgarrado de la minoría desclasificada, pero que encuentra en él una forma de defenderse de la miopía de quienes regentan las normas de la convivencia. Y en "Trash" esa referencia está clara en los personajillos del mundo decente que aparecen para contrastar con los protagonistas. En ese enfrentamiento hay que entender "Trash". Aunque no estemos ante una película genial ni ante una obra que rompa las normas con mucha firmeza. De cualquier forma estamos ante una película que recupera para los españoles la posibilidad de conectar con algo de lo que se nos ha escamoteado. Y ello no es poco. ■ G.

"Antonio Gramsci: los días de cárcel"

Lino del Fra es un cineasta decidido a llevar a sus películas su propia reflexión política. Sus múltiples cortometrajes han sido premiados en cuantos festivales se han presentado, y uno de sus gulones, "La villegatura" ("El veraneo"), que al parecer va a estrenarse próximamente en Es-